

Ángel Pardo

Otro tiempo



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

 LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Otro tiempo
Ángel Pardo

Primera edición: septiembre de 2023

© Ángel Pardo
© Imagen de cubierta: *Camino de la Ñora* (fragmento),
de Pedro Serna

Edición © La Umría y la Solana, 2021
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid
info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la Colección Abierta: Enrique Andrés Ruiz
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-126248-4-7
Depósito legal: M-28539-2023

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Agradecemos a Fundación Cajamurcia
su colaboración en la edición de esta publicación.

 **FUNDACIÓN CAJAMURCIA**

Índice

1. La Veleta	13
2. Las abuelas	25
3. Las crías	47
4. Amigos	57
5. niño, mujer, pueblo	93

A Patricia, Carmen y Rosario
A la memoria de mis abuelas María y Rosario

*El paraíso era, por el contrario, el recuerdo, esto es,
el olvido del Futuro y de la Historia.*

Agustín García Calvo

1. La Veleta

La Veleta eran dos calles paralelas al borde del mar, un rincón del mundo tan pequeño y encantado que nadie sabía de su existencia. Eran dos calles anchas a la orilla de un mar tranquilo, un barrio de casas bajas al borde de una bahía limitada por el puerto y un pequeño cabo. Nuestra casa era un barco grande varado en esas rocas. De la Isla de San Fernando, el lugar sagrado de su infancia, canta Camarón: «Ay, mi barrio marinero, mi barrio, mi barrio...».

En aquella casa grande, sin muros, orientada a levante, abierta al mar, entraban, en invierno, por el camino de tierra, los ladrones, mientras nosotros estábamos en la ciudad. A veces, al llegar, encontrábamos las puertas forzadas o los cristales de las ventanas rotos, incluso sangre en el suelo. Las abuelas se adelantaban sin miedo a revisar cada rincón, a mirar bajo las camas, a explorar el sótano oscuro, mientras nosotros esperábamos en la puerta. Cuando habían recogido los cristales y fregado la sangre, hacían un fuego y nos dejaban pasar: ya podíamos, en su calor, y en su coraje, ampararnos.

Como debe ser en una casa para la infancia, aquélla era infinita, luminosa y húmeda, llena de estancias y secretos. Tenía las habitaciones arriba; a la altura de la calle, dos cuartos más, la cocina y el salón con la chimenea que se

abría a las terrazas, al jardín y al mar; y abajo, el sótano, con el trastero y el lavadero.

En el sótano había un cuarto de la ropa, donde estaba la lavadora, la plancha y una pila blanca. Al lado había una habitación de servicio. La siguiente estancia era el trastero, un refugio para nosotros, donde teníamos la mesa de *ping-pong* y el barquito de vela. Al fondo, se apilaba la leña del suelo al techo, y entre los troncos, donde se nos colaban las bolas blancas de *ping-pong*, se escondían las arañas. Las temíamos, y en las noches de invierno, nos turnábamos los hermanos para bajar a lo oscuro con el capazo de esparto a coger leña para la chimenea. Bajo la escalera había estanterías con cuerdas, aparejos, pinturas y herramientas, y en el suelo, la larga tabla de *windsurf* del tío Narciso que tantas veces echamos al mar con los amigos.

En la planta principal estaba el salón lleno de luz, abierto al mar brillante. En el centro, la chimenea de piedra gris, con el dintel de madera y ese hueco hondo donde se acumulaba la ceniza. Recuerdo a mi abuela en invierno haciendo la lumbre, buscando por la mañana brasas para reavivarla. Ahora, cuando hago fuego en mi casa, me acerco a la cara la punta de las tenazas de hierro para encontrarla a ella. También la recuerdo en la cocina, pelando despacio patatas, haciendo tortas fritas o preparando codornices —que ella misma había criado— para nuestra cena.

Arriba había tres habitaciones grandes sobre el mar. En una dormían mis padres; en otra mis hermanas con mi abuela Nena; y en la otra, mi hermano y yo con mi bisabuela María. Nos habían dicho que tenía el corazón débil y nosotros vigilábamos, sobre el rumor del mar, su respiración profunda, entrecortada, mientras dormía.

Aquí, sobre mi mesa de madera de pino, que lleva, como el sillón de lectura, toda la vida conmigo, están las fotos de las crías, de Patricia de niña, de mis abuelas, de mi hermano, de aquella casa, de aquel mar, del puerto, de las rocas, y, en miniatura, aquellas cosas mías de entonces, de ahora: una bicicleta, una pelota, un barquito de vela.

Teníamos en los armarios la poca ropa vieja que nos bastaba para vivir sueltos, en un juego continuo. En el sótano, en un armario bajo, estaban, mezcladas de tallas, revueltas las viejas y las nuevas, las sandalias de plástico de seis hermanos para bañarnos en las rocas. Teníamos el balón para jugar al fútbol y las bicicletas; los tirachinas y los aparejos de corcho con las boyas de colores, el hilo de nailon, los anzuelos y las bolitas de plomo para pescar en los charcos; las burbujas de corcho que nos mantenían a flote de niños, la cometa de cañas cruzadas por papel charol de colores que nos hizo el abuelo Pepe y aquel pequeño barco de vela para navegar por la bahía.

Era una casa abierta de par en par donde cabíamos todos, donde entraban y salían los vecinos, los amigos de mis padres y los nuestros, las amigas de mis hermanas, los primos y la familia del pueblo de mi madre. Era un nido de vida, un portalón abierto de par en par, un lugar de encuentro donde todo sucedía al mismo tiempo, ligero y entreverado: el sueño de unos y el juego de otros, la amistad y la conversación, el fuego y el mar, el amor, el silencio, la vejez y la infancia.

Las abuelas amparaban nuestro sueño de niños, nos hablaban de la vida frente al fuego y nos enseñaban a contemplar el mar, a jugar a la brisca y a ser valientes. De

noche, en sus mecedoras, al abrigo del fuego en invierno o en el porche en la suavidad del verano, recordaban sus historias con nosotros alrededor. Cuidaban de los nietos y bisnietos, del fuego y de los geranios del jardín, y, en la lumbre, de noche, hacían, para todos, costillas de cordero, boniatos y castañas. Los domingos venían a verlas desde el pueblo la Bernarda y la Pequeña, con pollos, conejos, huevos y verduras de aquellos huertos.

La casa estaba abierta a todos, y también al jardín, a la calle y al mar. En el césped, jugamos al fútbol con sol y con lluvia, sin cansarnos nunca. Cuando llovía, se creaba un nido de vida entre la hierba, de donde nacían ranas, ciempiés y bichos de bola. En el ficus del jardín delantero, en una rama alta, pasamos las tardes.

Una mañana apareció, maltrecha, a la deriva, en las rocas, una pequeña barca de madera; la subimos entre muchos al jardín y fue también lugar de encuentro y de juegos con los amigos. De esa barca, inventamos Pablo y yo otra imaginaria con la que navegábamos cada noche por el mundo, de puerto en puerto, bajo tormentas, mientras dormíamos. Cuando crecimos, instalamos una tienda de campaña en el jardín, y allí nos escondíamos con las amigas para los primeros besos. Pero nuestro lugar de encuentro, nuestro centro, fue siempre la farola que iluminaba la calle a la puerta de la casa. La luz de aquella farola era la luz de mi alma, canta Camarón. Bajo su luz única, ocurrió nuestra infancia. Cada noche, después de un largo día de juegos en el mar, nos encontrábamos allí para seguir jugando, para seguir juntos. Jugábamos al «escondite», al «pillao», a «polis y cacos», al «burro».

Con cuatro piedras, hacíamos un campo de fútbol. La farola era la meta de nuestras carreras en bicicleta. Y a su amparo, en el suelo, en las noches infinitas de verano, en un corro, nos cogíamos las manos y cantábamos canciones, jugábamos a «Pepe trae la escoba», a «Beso, atrevimiento o verdad», al «Conejito de la suerte, ha salido esta mañana, haciendo reverencia»... Desde ese centro, entramos en las casas deshabitadas a contarnos historias de miedo, hicimos refugios en los descampados y circulamos en bicicleta, explorando los barrios vecinos, donde enseguida encontramos amigos para siempre. Bajo la luz de aquella farola, quemamos escorpiones y vimos cruzar escarabajos, volamos cometas, aprendimos a caminar y a correr, a jugar al fútbol y a montar en bicicleta. De niño, me parecieron gigantes, interminables, aquellas cuestas alrededor que ahora sé suaves. Bajándolas en mi bicicleta me caí mil veces, y mil veces me curó mi abuela.

Para salir de la casa al mar, había una puerta siempre abierta. Era pequeña, de aluminio, de la altura de un niño, de un gris plata gastado por el sol y la sal. Después, apenas un camino de tierra, las rocas, los charcos y el mar.

La casa frente a un mar abierto no hubiera sido la misma. Sin las referencias del cabo y del puerto, sin la mágica luz verde del faro que se encendía cada tarde; sin los buques que venían a por sal desde el fin del mundo; sin los veleros silenciosos y blancos a mediodía, o sin los pesqueros, con sus luces rojas y verdes mientras faenaban de madrugada en el hilo de la bocana; sin esa compañía constante, la casa no hubiera sido la misma. Como todo eso era una compañía para nosotros, la luz de nuestro

salón en invierno sería un consuelo para los pescadores y para los marineros de los grandes buques.

Era mar lo que se respiraba en aquella casa y en el aire de La Veleta. Sal en la espalda, en los labios, y, en la carne, el agua fresca. El turquesa, el violeta, el rosado y el azul más intenso. La transparencia única, y ese fondo de rocas, erizos y peces de colores. Los cortes de rocas y púas de erizos en los pies y en las manos —al atardecer, con paciencia, aceite de oliva y pinzas, las abuelas nos sacaban, una a una, las diminutas púas—. Un mapa conocido de charcos, y las cuevas donde se escondían los cangrejos. La bahía pacífica y brillante para navegar a vela. El brillo de la luz del mediodía, el blanco de la espuma o el de la luna de noche. Ese rumor constante, la voz amiga del mar. El lugar del cuerpo, los juegos y el peligro. Los amigos y el mar y la energía derrochada. Pulpos, aquella dorada enorme y dos barcas a la deriva. Una compañía segura, nuestro mejor amigo. Y también, aunque entonces no supiéramos decirlo, el mar era la belleza, la permanencia, la eternidad y el infinito.

Es un día frío, ha llovido, y están mojadas las dos calles anchas y desiertas al borde del mar. Me abrigo con la ropa vieja y cómoda de siempre, y salgo en mi bicicleta a buscar a mis amigos. Siento al pedalear el aire frío, húmedo y salado en la cara. Grito desde la puerta, y sale José de su casa blanca, riendo. Nos encontramos en la farola con los otros, y pasamos la tarde circulando sin rumbo.

De vuelta a casa, de noche, busco la chimenea de piedra gris, donde están mis abuelas en sus mecedoras,